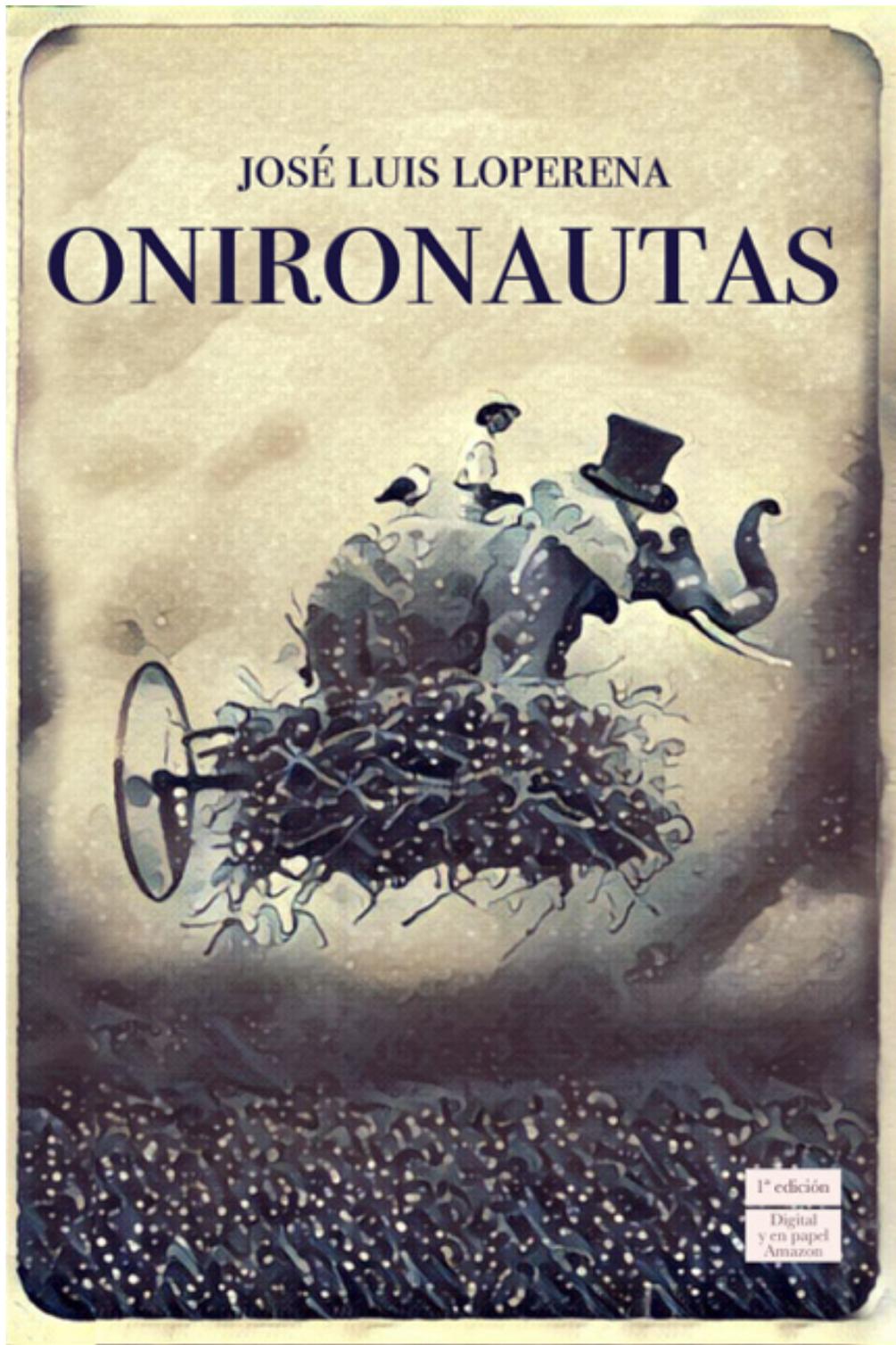


Onironautas

Jose Luis Loperena



Capítulo 1

Onironautas

José Luis Loperena

1ª Edición, septiembre de 2016

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

© José Luis Loperena, 2016

ISBN-13: 978-1537353340 (CreateSpace-Assigned)

ISBN-10: 1537353349

BISAC: Fiction / Literary

Obra inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual.

- 1 - Teresa en el mostrador
- 2 - Andrés camina dormido
- 3 - Don Genaro alquila sueños
- 4 - El sueño de Teresa
- 5 - La separación del mundo
- 6 - El sueño de Andrés
- 7 - La transición de Eva
- 8 - El forastero
- 9 - Andrés en la encrucijada
- 10 - Teresa y el misterio
- 11 - El camino de Eva

- 12 - La luz en el establo
- 13 - La vergüenza de Teresa
- 14 - La hija dormida
- 15 - La historia de Genaro
- 16 - Stanislav en el umbral
- 17 - Carta de Stanislav
- 18 - El sueño asustado
- 19 - Las pesquisas de Teresa
- 20 - El regreso de Eva
- 21 - El acuerdo roto
- 22 - La ciencia oculta
- 23 - Nueva vida en la trastienda

Yo era un vaivén en el recodo de un pensamiento.

Una luz de entendimiento, un azar, un nudo en el tiempo.

*No hay razones en este Universo; solo hay encuentros,
y yo encontré un dios que era mi dueño.*

La muerte lo perseguía en otro mundo.

*Dijo: "dile que me lleve ahora, mientras duermo,
o escóndeme de ella para siempre".*

*Dije: "dime que nunca dejarás de soñarme,
o ambos conoceremos el final del viaje".*

Y así comienza esta historia...

Teresa en el mostrador

Terrazos, 2016

Cuando la tarde oscurecía, aunque fuera pronto, Teresa comenzaba a bostezar. Y eso, en una tienda de libros, no era bueno para el negocio. De ahí que don Genaro le llamara siempre la atención.

—Teresa, si usted bosteza, los clientes que la vean a través del escaparate van a pensar que aquí solo vendemos libros aburridos y se irán a las tiendas de ropa, donde las dependientas tienen terminantemente prohibido hacer tal cosa. Haga el favor de mostrarse más animada, porque llevamos dos días en los que no ha entrado ni un solo cliente.

Aunque la preocupación de don Genaro fuera en serio, su tono resultaba simpático, con ese timbre en la voz de hombre tranquilo, y resultaba imposible amilanarse. Teresa cerró los ojos con fuerza y agitó la cabeza un momento para espabilar, aunque sabía que la batalla contra el sueño estaba perdida. Llegaba la oscuridad, y con ella el invencible sopor que la dejaba atontada hasta el siguiente amanecer.

—Ay, don Genaro, es que no puedo evitarlo —dijo, ahogando un nuevo bostezo—. Yo por las tardes soy una marmota, ya lo sabe usted. Y ahora, en invierno, que oscurece tan temprano...

Teresa tenía tanto sueño que ni siquiera acabó la frase. Don Genaro, de todas formas, no la estaba escuchando, y eso ella lo sabía. El dueño de la librería se estaba poniendo el abrigo y se anidaba la bufanda, mirándose al espejo oscurecido de la trastienda con disimulada coquetería; y ya se calaba la gorra sobre la nariz aguileña, tapándose el abundante pelo cano. Cada vez que lo hacía, Teresa, que lo observaba con la indiferente atención que otorga el tiempo compartido, pensaba lo que don Genaro parecía decirse ante el espejo, y lo hacía imaginando la voz de su jefe: "una vez fui un galán de los de quitar el hipo, y quien tuvo, retuvo". Apoyada en el mostrador, a Teresa, por las tardes, se le quedaban los pensamientos suspendidos, la mirada fija y redonda, la atención en precario equilibrio, con los brazos apoyados en la madera vieja, bajo la luz amarilla de la tienda antigua, rodeada por el polvillo fino que volaba desde las hojas de un libro que algún cliente abría y cerraba, dejando casi siempre los volúmenes donde estaban, porque en realidad, muchos no entraban a comprar libros, sino a mirar de reojo a Teresa, joven sumamente hermosa en medio de aquel escenario anclado en el tiempo.

Don Genaro se fue, el porte estirado bajo el abrigo gastado, sin despedirse. Era la forma que tenía el dueño de la librería de hacer ver a su empleada que, aunque se fuera, bien podría volver en cualquier momento, sorprendiéndola si estuviera haciendo algo reprobable como, por ejemplo, quedarse dormida en la trastienda. Pero Teresa sabía que era un buen

hombre, incapaz de desear el mal a nadie, y menos a ella, a la que había acogido como a una nieta, a falta de verdaderas nietas a las que querer.

A Teresa le esperaban tres horas, hasta las ocho, sin nada que hacer. Siempre pensaba que podría leer algún libro, que es la manera más fácil de contraer el tiempo, pero a esas horas su cabeza no daba para tanto esfuerzo. Solo quería sentarse en el sillón de la trastienda, frente a la mesa que don Genaro utilizaba para hacer sus pequeñas cuentas y rellenar sus crucigramas; doblar los brazos sobre el tapete de cuero negro, apoyar la cabeza sobre ellos, cerrar los ojos y dormitar hasta que la persiana de la carnicería que había al lado tronara al cerrarse, arrebatando a los sueños el alma de Teresa, que a pesar de ese estruendo apenas lograba espabilarse, pues cada tarde, desde que se quedara sola y se sentara en la trastienda, viajaba su mente por lugares tan extraños, tan hermosos, que le parecía imposible que en realidad siguiera allí su cuerpo, y no en los lugares inesperados que visitaba en sueños, las cumbres altísimas, los cielos morados que cruzara a lomos de algún animal gigantesco. Tan nítidos eran sus sueños que Teresa, a menudo, pensaba que la verdadera vida discurría en aquel mundo desquiciado, y que sus horas en la librería o en su apartamento eran solo descansos que debía tomar obligada por el tiempo.

Esa tarde no fue diferente, al principio, pues una vez que don Genaro se hubo marchado y pasaran los diez minutos que ella aguardaba en vela por si regresaba con la excusa de haber olvidado algo, desancló los brazos del mostrador y se irguió un poco, aún con los ojos perdidos, para caminar despacio hasta la trastienda. Le gustaba ese momento. Ya estaba oscuro, a las cinco y cuarto de la tarde, y la calle de la librería sonaba a niños jugando, a algún coche que rodaba despacio, a charcos; y olía a chocolate con churros, a tostadas y a cigarrillo. La librería de don Genaro se incrustaba entre una carnicería igual de antigua, en un local con la que compartía edificio, y un portal vetusto y poco transitado con una escalera que subía los cinco pisos de viviendas de renta antigua. El escaparate de la librería, iluminado con luces algo navideñas aunque ya fuera febrero, mostraba algunas novedades y otros volúmenes valiosos, aunque no tanto como para tomar precauciones con alarmas o retenciones; y el camino desde la puerta de entrada hasta el mostrador era un pasillo ancho, rodeado de estanterías repletas de libros. Cerca de la entrada, los *best-seller*, en un soporte giratorio de metal blanco que no encajaba en el resto del local. Y a medida que uno se acercaba al mostrador, que era tan estrecho como el pasillo, pues la tienda era igual que una caja, quien hiciera el recorrido perdería sin remedio la atención sobre los títulos para fijarla en Teresa, que con su mirada tan perdida y su piel tan blanca atraía hacia sí la luz de las bombillas.

A Teresa le gustaba ese momento, el de quedarse sola y caminar en silencio hasta la trastienda, desvaneciéndose para los que estaban en la calle. Sentarse en el sillón, doblar los brazos sobre el tapete, apoyar la

cabeza y cerrar los ojos. Siempre esperaba un momento hasta quedarse dormida, porque una vez adoptada la postura, cuando sus pensamientos ya comenzaban a disiparse, sentía la necesidad de cruzar los pies en el sentido contrario al que los ponía. Hecho esto, el tiempo dejaba de discurrir con su flujo constante, y para Teresa ya era un río diferente, a veces tranquilo y otras bravo y espumoso, pero siempre intenso y siempre seguro.

Dormida sobre la mesa, Teresa no escuchó la campana de la puerta, quizás porque cuando se abrió estaba soñando con globos aerostáticos, y las nubes sonaban como trombones cuando intentaban traspasar su espesa blancura. Tampoco escuchó los pasos de quien entró en la tienda, porque los globos se habían convertido en trasatlánticos, y ella viajaba en uno, acompañada de alguien que no podía ver, alguien a quien amaba sin habérselo dicho, un joven cuyo rostro no lograba adivinar. Solo sentía que se cogían la mano, y que las olas mecían el barco, y que ella miraba las nubes, que se desplomaban despacio sobre el mar, y al hacerlo sonaban los trombones, deshaciéndose como un jabón lleno de burbujas, y Teresa pensaba que así era como nacía la espuma del mar, por las nubes que se desploman, y en su sueño lo encontraba todo perfectamente lógico.

No escuchó los pasos, pues, de quien había entrado en la tienda, y no supo que alguien lo había hecho hasta que la persiana de la carnicería la despertó al cerrarse, pero para entonces esa persona ya se había ido. Tampoco supo que aquella persona había estado buscando un libro concreto, pero que, al no encontrar a nadie que pudiera atender su petición, lo había hecho por su cuenta. La persona buscó mucho rato, cogiendo libros de las estanterías, ojeándolos, leyendo párrafos enteros, incluso permaneciendo absorto ante alguno de los textos más profundos, y esperando que alguien apareciera para preguntar si el libro que estaba buscando, que era raro y viejo, estaba entre aquellas baldas.

Cuando la persiana de la carnicería adyacente se bajó, con el estruendo de los metales oxidados que se desenrollan, Teresa abrió los ojos. Ya había olvidado el viaje en globo aerostático y en trasatlántico, y la teoría de la espuma marina, y las manos de su amado sin rostro. Abrió los ojos y pensó que don Genaro no había vuelto, pues si así fuera la habría despertado llamándola por su nombre con severidad, pero sin enfado. Teresa se levantó sintiéndose un poco culpable, pues un día más había dejado el mostrador sin atender; pero sabiendo que no podía evitarlo, que cuando llegaba la oscuridad le vencía el sueño; y que durmiendo, aunque luego no recordara lo que había sucedido, se sentía inmensamente feliz. Se alisó la tela de los pantalones, que eran de pitillo y de una tela demasiado fina para el invierno, y salió al mostrador con las llaves de la tienda en la mano. Ya antes de salir supo que alguien había entrado mientras ella dormía, porque encontró un papel escrito sobre el mostrador, junto a la caja registradora. Lo cogió. El texto tenía una

caligrafía cuidada y segura:

Estimada señorita: he venido a buscar un libro y tras mirar por las estanterías y no encontrarlo, he entrado en la trastienda, pues al escuchar sonidos supuse que había alguien dentro. La encontré a usted dormida y no quise despertarla, ya que parecía estar viviendo sueños agradables. Pero sí que curioseé por los estantes que hay allí, y finalmente encontré el libro que estaba buscando. Como no tenía el precio indicado en ninguna parte, no he querido despertarla y le he dejado el dinero que estimo como su precio bajo esta nota. Espero que siga ahí cuando se despierte usted. Estoy muy feliz por haber encontrado el ejemplar que llevo tanto tiempo buscando. Muchas gracias por su comprensión y un saludo afectuoso.

Tras el párrafo, había una firma incomprensible, y luego más mensajes:

P.D.: El libro que me he llevado es "Pasaje al Mundo de los Sueños", de Stanislav Bodorok, edición de 1925.

A Teresa no le sonaba de nada aquel título. En la estantería de la trastienda había libros especiales, sin inventariar, que nadie quería ni recordaba y a los que don Genaro no hacía caso. Él tampoco los leía nunca, ni les demostraba especial apego, por lo que Teresa supuso que don Genaro estaría satisfecho con la venta. Pero cuando fue a coger el dinero, se dio cuenta de que no se trataba de billetes y monedas reales. En su lugar, encontró un billete de autobús de línea, un tique de un supermercado (por la compra de una barra de pan y una lata de atún), un clip, un alfiler y pelusa, como la que sale de los bolsillos de la ropa que no se utiliza mucho.

Cerró la tienda y subió hasta su casa, bien abrigada porque era invierno, aunque esa noche no llovía. Teresa vivía en el portal desvencijado que había junto a la tienda, en el quinto piso, en un pequeño apartamento que daba al patio interior y que también era propiedad de don Genaro. Allí había silencio, que era todo lo que Teresa pedía para seguir durmiendo. El gato, *Monsieur*, ya estaba dormido cuando llegó, y Teresa se preguntó si alguna vez lo había visto despierto. Abrió la nevera y sacó un pequeño caldero con la sopa que se había preparado por la mañana, cuando tenía fuerzas para hacer las cosas. Mientras la calentaba en el fuego de la cocina se desvistió despacio, dejando la ropa bien doblada sobre la silla, y se puso el pijama rojo de lana y los calcetines gruesos. Luego cenó con apetito. La sopa que preparaba Teresa era exquisita, y las noches frías y tranquilas como aquella le daban muchas ganas de comer. Con el estómago caliente volvió a entrarle sueño. Teresa se arrebujó en el edredón y antes de quedarse dormida estuvo pensando en el "Pasaje al Mundo de los Sueños". Si hubiera sabido que tal título existía, sin duda lo habría leído, pues ella era una gran aficionada a soñar: los mejores momentos de su vida los había vivido mientras dormía. Envuelta en el edredón de plumas, con la cabeza hundida en la almohada suave, los ojos

cerrados, el cuerpo acostado sobre el lado derecho, las piernas un poco dobladas, las manos bajo la almohada, a Teresa le invadió de nuevo la agradable calma de quien se deja llevar a su propio mundo, y su respiración se fue acompasando al vaivén suave del ronroneo del gato, que se había tumbado junto a ella, añadiendo calor a la noche tranquila.

2

Andrés camina dormido

Terrazos, 2016

Ahora entiendo por qué me despertaba tan cansado. Parece mentira. Quién me lo iba a decir a mí, que siempre he sido tan mirado para los demás. Y lo que habrán dicho en el barrio, eso no me lo quiero ni imaginar. "El raro, ya está ahí el raro". Lo raro es que no me hayan detenido todavía, mientras camino por las calles sonámbulo.

Y al mismo tiempo, es todo tan nítido, tan real... ¿de qué están hechos esos sueños, que sustituyen la propia materia, y nos ponen ante los sentidos un mundo imposible, pero tan verdadero en ese momento? Yo camino por lugares que nadie ve, mis pies pisan veredas donde otros pisan asfalto; o vuelo, mientras los otros intentan averiguar por qué tengo los brazos extendidos. ¡Pero yo vuelo de verdad! ¡Dormido, pero tan despierto, cruzo el aire, los miro a todos desde arriba, contemplando la belleza y la miseria del mundo como si no fueran conmigo!

Pero nada de esto sería tan extraño, porque sonámbulos hay muchos, si no fuera por lo que he hecho hoy. Eso sí que es de órdago. Ahora ya estoy tranquilo, sentado en el sillón, mirando por la ventana la calle que hace poco pisé sin saberlo. Pero me ha costado calmarme, vaya que si me ha costado. Porque sorpresas como la de hoy, nunca me había llevado antes.

Es que cuando llegué a casa, a las cuatro de la tarde, sí, estaba cansado, como siempre a esas horas, porque a mí la tarde y la comida me dan sueño, como a casi todo el mundo que es normal y lleva una vida de trabajo rutinario y madrugón diario. Y dormí la siesta, como siempre, desde las cuatro y media hasta las siete. Una siesta larga, ya, pero es como yo las duermo; que luego, por la noche, me quedo leyendo hasta tarde, y por la mañana madrugo a las siete y media, y tengo que recuperar el sueño. Y ya estoy acostumbrado, y a mis treinta y cinco años largos no voy a cambiar una costumbre que me gusta tener. Así que a las cuatro, al llegar a casa, me quité el traje, colgué el pantalón de la percha, con cuidado de no torcer la raya, que ya sé que me obsesiona un poco pero es que necesito verla perfectamente recta. Luego colgué la chaqueta, pasando antes el cepillo por los hombros y los bolsillos, porque la polución ha aumentado mucho en esta ciudad, cada vez menos pequeña, y no tengo otro traje. Y puse a lavar la camisa y los calcetines; y la corbata,

bien doblada en su cajón. Nunca me quito la camiseta para dormir la siesta, porque me abriga el estómago; lo tengo pequeño y frío casi siempre, porque estoy muy flaco; ni los calzoncillos, porque me gusta tener los testículos algo amarrados cuando duermo, o de lo contrario llegan las distracciones, que no es que me disgusten, pero me trastocan mucho los horarios y cuando eso me ocurre paso el resto de la semana desorientado.

Yo no puedo dormir si algo está desordenado, pero cuando confirmo que no hay nada fuera de su lugar, cuando ya todo está en su sitio, ay, qué bien me siento, qué sueño agradable y pacificador me entra en el cuerpo, qué placer siento al abrir las sábanas limpiísimas. Por la mañana las dejo tan bien ceñidas al colchón que al despegarlas suena el algodón con un siseo pastoso y pesado. Y me meto entre ellas, que están un poco frías pero me reciben con una calidez casi humana, blanca, femenina. Como las manos de una novia al principio, o el regazo de una madre cuando ya estoy en ellas.

Hoy ha sido un día extraño, y ahora en la oscuridad me da miedo volver a dormirme, porque si esto me ha ocurrido durante la siesta, ¿qué no podría pasarme en la noche larga y solitaria? Si en plena tarde, en el centro de la ciudad, he caminado sonámbulo por las calles, ¿hasta dónde me llevarían mis pasos en las horas silenciosas? Así que aquí estoy, desvelado, y con este extraño libro que ha aparecido en mis manos y que aún no me atrevo a abrir. Hasta el título me asusta: "Pasaje al Mundo de los Sueños" ¿De dónde ha salido? ¿Cómo he despertado de la siesta, en mi casa, vestido con la ropa de verano que guardaba en la maleta, con el bastón de caminar los domingos en una mano y este libro en la otra, parado frente al espejo de la entrada, sonriente como un joven recién enamorado? Mi propia imagen reflejada, con ese aspecto impropio, me ha dado escalofríos, cuando por fin me he dado cuenta de que no era un sueño, de que era yo, real, dormido y luego despierto, el que estaba ahí, sonriendo al espejo como un chiflado.

Vamos a intentar reconstruir los hechos. A las cuatro de la tarde llegué a casa, me desvestí y colgué la ropa; luego me metí en la cama. Lo cierto es que siempre tengo sueño a esas horas, pero hoy me sentía más cansado de lo habitual, aunque eso, seguramente por el propio cansancio, no me extrañó entonces, pero sí ahora. Me dormí profundamente, cuando todas las tardes permanezco un buen rato en duermevela, soñando consciente, viajando sin terminar de despegar del todo, en vuelo raso sobre el mundo de los disparates. Esta vez no: caí dormido sin remedio y nada puedo recordar desde entonces hasta verme reflejado en el espejo tres horas y media más tarde. Por lo tanto, esto tuvo que ser: al rato de caer dormido, me levanté sonámbulo, como me pasa tantas otras veces. En esta ocasión, en vez de deambular por la casa ordenándolo todo, que es lo que hago siempre, me dio por sacar la maleta del altillo. ¡Pero ese es todo un ejercicio! Porque además, fiel a mí mismo, parece ser que cogí la

maleta, la abrí sobre la mesa de la cocina, seleccioné la ropa que aún llevo puesta: el pantalón beige con su cinturón de tela trenzada; los calcetines de hilo marrón, la camisa de lino blanca y el chaleco de cachemira. Luego, por lo visto, cerré la maleta y la dejé sobre la mesa. Me dirigí entonces al armario de la entrada, donde tengo los zapatos a la izquierda, cada uno en su casilla, ordenados por color y frecuencia de uso. Y cogí, curiosamente, los correctos para esa ropa. Y ese no es un detalle baladí: en los sueños, yo lo sé bien, es raro hilar un argumento congruente durante mucho rato; y si yo me vestí, abrochándome la camisa y el pantalón, y me puse los calcetines y los zapatos adecuados para esta ropa, es porque estaba viendo lo que hacía, a no ser que haya mucha coincidencia, idemasiada!, y en los sueños poco nos importan estos detalles. Pero así fue. Me vestí como para un domingo especial de primavera, ahora en pleno invierno; y dormido, pero supongo que con los ojos abiertos, viendo lo que quería mi cerebro pero no lo que realmente había delante de mí, salí a la calle. ¿Habré jugado con el bastón, como un charlot, mientras deambulaba? ¿Sería mi sonrisa tan forzada la misma mientras caminaba que cuando desperté frente al espejo? Un loco, un raro, un chiflado, habrán pensado todos. Y probablemente con razón. Verme así vestido en pleno invierno, sin saber que en realidad estaba dormido como una marmota, y mi cuerpo respondía a los impulsos de mis delirios oníricos pero no a los que impone la realidad que ven los demás, es como para pensar que me he vuelto loco.

Y ahora viene lo del libro. "Pasaje al Mundo de los Sueños", de un tal Stanislav Bodorok. Desconocidos el título y el autor. Y es un libro viejo, de tapa blanda de cuero pero papel muy blanco, que no se ha oscurecido por el tiempo y la humedad. No creo que lo haya recogido de la calle, porque huele a cerrado, a librería, a estante olvidado. Debería abrirlo pero me da miedo. ¿Por qué está en mis manos, quién me lo ha dado, dónde estuve en mi paseo dormido?

La portada es oscura. Parece que originalmente había un dibujo en ella, uno abstracto, curvas y espirales, como el humo de un cigarrillo que se eleva al cielo. Una buena forma de representar los sueños, sin duda. Pero hay algo más, al fondo, casi borrado. Parecen figuras, rostros, perfiles, que hablan y observan, como en un aquelarre, pero ignoran al observador, están en su propio mundo como también ocurre en los sueños. Son sin duda los sueños del autor, del tal Bodorok. ¿Será ruso, polaco, eslovaco?

Al parecer, nadie lo ha leído antes. El perfil de la cubierta, el cajo, está virgen, liso, sin abrir nunca. Aunque, ah, alguien ha escrito en la primera hoja. "Pilar", pone aquí. Alguien lo poseyó hace ya muchos años, a juzgar por la marca del lápiz. Quien puso el nombre, abrió solo un poco la tapa, lo escribió con lápiz, lo cerró y lo guardó sin volver a moverlo hasta que yo he llegado a quitárselo. Pero no sé a quién, si a la tal Pilar o a algún descendiente suyo. Quizás no se lo haya quitado, quizás alguien me lo ha

dado en alguna conversación lunática que he podido mantener en sueños, vete a saber.

Las hojas están algo pegadas por la humedad, y en la primera no está solo escrito ese nombre. Más abajo hay un dibujo, pero impreso a tinta; forma parte del libro. Son virutas y volutas, líneas curvas que forman un cuadro, y en su interior, unas palabras: "T. Nelson & Sons. Leipzig, 35-37 Königstrasse". En la siguiente hoja comienza la narración. Arriba aparece el título, "Pasaje al Mundo de los Sueños", en letras mayúsculas. Y luego un bloque de texto, un párrafo que no se interrumpe, las palabras que conforman este extraño libro que ha aparecido en mis manos, procedente, al parecer, de otro mundo. ¿Me atrevo a leerlo? Ya adivino las primeras letras...

Estimado soñador: es muy probable que este libro haya llegado hasta usted de manera inexplicable. No se alarme por eso. El mundo de los sueños tiene sus propias leyes, y entre ellas, sin duda, no están las de la lógica. Ahora, duerma. Observe estas páginas y deje que el sueño se adueñe de su mente...

¡No quiero seguir! ¿Estaré, quizás, aún soñando? ¿Será que aún no he despertado? He de hacer algo, debo forzarme a que todo vuelva a ser normal. No es posible lo que acaban de ver mis ojos, si es que realmente lo están viendo. Debo hacer algo... quizás volver a la cama, para despertar de este sueño, dormir para regresar al mundo. Sí, porque se me están cerrando ya los ojos... dormiré, volveré a olvidar, y cuando despierte estaré satisfecho de saber que todo esto no ha ocurrido de verdad, que estaba metido en un sueño, que la vida sigue siendo algo ordenado y estricto, donde nada sorprendente y desconocido puede acecharme tras cada página de un libro ridículo... Ya siento las sábanas holgadas sobre mi cuerpo, y el peso espeso de la manta. El calor de la ropa de cama, la embriaguez de la oscuridad, el silencio, el runrún de mis latidos, qué felicidad, dormir, dejar que el cuerpo yaciera al calor de la penumbra, volar libre en un mundo donde nada tengo que temer, porque todo está ordenado, todo tiene su lugar y su razón, y nada es indeseado...

3

Don Genaro alquila sueños

Terrazos, 2016

Nada podía hacerle sospechar a don Genaro que esa tarde sería la que llevaba tiempo esperando. Teresa permanecía tranquila en la tienda, y mientras los despertares de la niña fueran felices, no había motivos para preocuparse. Para guardar las apariencias, de vez en cuando le regañaba por quedarse dormida, más para aparentar que aquella era una actitud extraña que porque le preocupara que lo hiciera, ya que don Genaro

disfrutaba viendo a la joven Teresa con la mirada perezosa, apoyada sobre el mostrador, apenas sosteniéndose en pie, luchando contra un sueño que él sabía que era inevitable.

Mientras se ponía el abrigo, aquella última tarde de tranquilidad, simulaba mirarse al espejo, como si le preocupara que las solapas estuvieran rectas y su corbata bien anudada. Perdía el tiempo en mirarse de uno y otro perfil, se peinaba con los dedos, estiraba la espalda y corregía el porte hundiendo el mentón, pero casi nada era cierto. En realidad, mientras hacía eso, vigilaba el rostro de Teresa. A través del espejo veía el cristal de una vitrina, y dibujado en él estaba Teresa, translúcida entre otros reflejos de libros y maderas, las bombillas amarillas en apliques de pared y los marcos de los cuadros de colores apagados. La vislumbraba apoyando las manos en la barbilla, los brazos sobre el mostrador, con su rostro un poco redondeado, de piel tan blanca, y los brazos enfundados en su jersey de lana fina, porque a pesar del calor de la estufa, Teresa era friolera.

Al observarla, Genaro no podía evitar recordar a Eva, su esposa desaparecida. Cuando su imagen afloraba en la memoria del viejo propietario de la librería, recobraba la cordura que había perdido por un instante, y seguía simulando su acicalamiento frente al espejo. Cuando observaba, sin necesidad de esperar mucho, que a Teresa comenzaban a cerrársele los ojos y cabeceaba un poco, alarmándose levemente al caer su cabecita de pelo lacio, él se iba, simulando tener asuntos importantes que resolver, quizás alguna conversación con algún notable del ayuntamiento, o una cita galante con una dama discreta.

Al salir a la calle, ya nada podía hacerse. Solo dejar que la naturaleza de los sueños siguiera su curso, y que lo inevitable llegara en algún momento, cuando fuera, efectivamente, inevitable. Don Genaro era un hombre de edad suficiente para saber que las preocupaciones excesivas nada solucionan. Por eso, al traspasar el umbral de su librería procuraba disfrutar de las horas que quedaban hasta la noche, hasta enfrentarse a la soledad del sueño sin sueños. Esa tarde don Genaro fue al cine, como cada martes que no era festivo, para aprovechar el menor precio de las entradas. Se sentaba en la última fila, porque para su gusto los cines nuevos tenían la pantalla demasiado grande y el volumen demasiado alto, y el último rincón era el mejor de todos, pues de otra forma su vista no abarcaba las esquinas de lo que estaba viendo. A él le interesaba quedarse con todos los detalles en las películas, y por eso tendía a elegir obras tranquilas, de planos pausados, evitando los filmes de acción o aquellos tan desagradables en los que la cámara no deja de moverse en un intento de hacer sentir al espectador que todo lo que se cuenta es cierto, que el que lo está viendo pasaba por allí, y es testigo involuntario del accidente, o del robo, o de la mera conversación entre dos personas.

Don Genaro elegía, pues, películas por la pausa, al contrario que la mayoría de los espectadores, que lo hacían por lo deprisa que ocurrieran los acontecimientos que se proyectaban. Muchas veces se sentaba solo en la sala, en la sesión de los martes a las seis y media, viendo obras del norte de Europa o del Medio Oriente, donde aún usaban trípode para apoyar la cámara. Si tuviera la oportunidad vería las películas dos veces seguidas, la primera como realmente estaba hecha y la segunda en cámara lenta, sabiendo ya los diálogos y el argumento, para ver despacio cada objeto de cada escena, cada luz cayendo por los cristales del falso sol simulado en un lugar invisible, o de una luna de mentira alumbrando el rostro de la primera actriz. Así soñaba don Genaro, a falta de verdaderos sueños. Cada martes por la tarde permanecía atento, absorbía cada fotograma y se sumergía en la historia que se narraba, daba igual si cruel o romántica, triste u optimista, porque los sueños también son así, imposibles de prever, sorprendentes siempre, pues si al vivirlos uno se encuentra en medio de una situación absurda, puede parecer normal; o al contrario, cualquier escena doméstica o habitual nos puede transmitir sensaciones de miedo, o risa, por algo que no se ve y sucede en el fondo, aunque al recordarlo en la vigilia todo resulte bizarro o soso.

Como el cine es igual en ese aspecto, don Genaro compraba así los sueños, con cada tique de entrada a la sala. Permanecía atento e inmóvil, respirando profundo y despacio, con el cuerpo relajado sobre el sillón y las manos caídas sobre los muslos. Solo los ojos abiertos, que apenas parpadeaban, delataban que don Genaro no estaba realmente dormido, aunque para él mismo sí podría estarlo, soñando el sueño de otro, pero al fin y al cabo disfrutando de un placer que una vez le fue retirado. No se sentía mal por hacerlo, ahora que había pasado tanto tiempo, pero las primeras veces que fue al cine se sentía culpable, sabiendo que eso era hacer trampas, que su penitencia era nunca más soñar, abandonando así toda esperanza de reencuentro.

Ya casi no recordaba aquellos primeros años de destierro. Ahora regentaba su librería, custodiando un libro muy delicado que escondía en la trastienda, y vivía, medio mal y medio bien, pobre pero digno, en aquella ciudad de provincias que bien podría carecer hasta de nombre. Don Genaro salió de la película animado, con los ojos enrojecidos de tanto fijar la atención y un talante entre excitado, porque la actriz era realmente hermosa, y un poco fastidiado, porque el guión no terminaba como él y la protagonista hubieran preferido. Se encaminó de vuelta a su casa, en la misma calle que la librería y que el pequeño apartamento de la joven Teresa. Al llegar a la calle ya eran las ocho pasadas, y don Genaro apretó un poco el paso para saber si Teresa se había despertado al oír cerrarse la persiana metálica o esta vez ni siquiera eso lo había logrado. Y la alarma surgió cuando se cruzó con unos jóvenes adolescentes que salían de la biblioteca.

—¿Lo has visto? Parecía un payaso con esa ropa —decía uno de ellos—.

—Estaría pasando frío, vestido solamente con un chaleco en pleno invierno —añadía una chica—.

Todos reían al ver a otro adoptar una sonrisa con los labios muy tensos, abriendo los ojos enormes y mirando fijamente al caminar a quienes se cruzaban con ellos. Estaba imitando al personaje del que hablaban, y al verlo a don Genaro se le movió por dentro un resorte que llevaba mucho tiempo muerto, y por eso no reaccionó con la rapidez suficiente. Los jóvenes pasaron de largo y aún hablaban de aquella persona.

—Yo creía que estaba anunciando un circo; con ese bastón y ese sombrero antiguos, parecía el personaje de algo número.

—Aquí nunca vienen circos —decía otro—.

Quedaron atrás las voces porque don Genaro aceleró el paso todo lo que sus piernas le permitieron. Cuando llegó, la librería ya estaba cerrada, lo mismo que la carnicería. Eran las ocho y veinte y en la ciudad todo el mundo cerraba los comercios con doméstica puntualidad. Se situó en el centro de la calle, aprovechando que no pasaba ningún coche, y miró a uno y otro lado, atisbando con los ojos entrecerrados, bajo la luz amarilla de las farolas, buscando la figura extraña de un hombre vestido con ropas de verano, chaleco y bastón. Un hombre joven, delgado, alto y pálido, que seguramente caminaría saltando las baldosas o chocando los tacones, saludando a todos los que lo mirasen sorprendidos; sonriendo como un loco, como un lunático. Como un caminante en sueños.

4

El sueño de Teresa

Terrazos, 2016

Don Genaro no volverá, y a estas horas seguro que ya no vendrán más clientes. No pasa nada si me siento en la trastienda, en el sillón de oficina, y apoyo un rato la cabeza sobre los brazos. Así pasa el tiempo antes, pasa la tarde, y a las ocho podré subir a dormir a casa. Pero son tantas escaleras... me gustaría tener una casa con ascensor, un ascensor transparente para que parezca que subo volando. O mejor, un globo, ¿por qué no se le habrá ocurrido a nadie? No hace falta hacer obras, tan solo un globo junto al portal, en la cesta una portezuela y al entrar y tirar de una cuerda, subes y subes hasta tu casa.

Yo voy a montar en globo. El cielo está lleno de globos, parecen burbujas de colores que pasean por el cielo brillante. Brillan las nubes, luminoso día de primavera. Aquí hay gente, todos han venido a ver el gran espectáculo.

Y yo, monto en un globo.

Vuelo. La cesta se mece y las cuerdas sujetan el inmenso telar hinchado de aire. Vuelo, y debajo hay un mapa del mundo con gente que mira y espera su turno. Todos están durmiendo, pero no me ven, no lo saben, no saben que están dormidos y que el mundo cambia y vira en cada mirada. Yo puedo elegir, puedo hacer lo que quiera porque estoy en mi sueño y ahora vuelo en mi globo, aunque no sé manejarlo. ¿Quién lo hace? Un hombre, parece huraño, pero es bueno. Todos son buenos en mis sueños, nadie podría molestarme. Este hombre maneja el globo con gran destreza; parece un marinero, un timonel, tiene una camiseta de rayas blancas y negras y una nariz ganchuda e inmensa, una barbilla que le sale disparada y mueve la boca como si masticara, pero es porque no tiene dientes. El globo quiere arrimarse a las nubes para hundirse en ellas. Son nubes de espuma, y el globo, al atravesarlas, toca su sirena con un ruido grave y ronco, como el de un trasatlántico. Así las nubes se asustan un poco y se apartan, dejando paso a la quilla del globo, que ahora es un barco.

Es una carrera de barcos aerostáticos, pero no gana nadie, porque todos nos miramos de una cubierta a otra, para saber si nos conocemos, y nadie maneja el timón. Nos buscamos porque nos han repartido mal en los barcos, ha habido un error, y todos nos asomamos estirando el cuello, para localizar una cara conocida en algún barco cercano. Yo no veo a nadie conocido, solo a una señora con abrigo de piel y pelo de los años cincuenta, una actriz. Es Ingrid Bergman que me confunde con otra persona. Parece que quiere decirme algo, me señala a alguien, ¿será que alguien me está buscando? ¿A dónde me señala usted, señora? ¿Hacia allí? ¿Que vaya allí?

Es el comedor del barco, y está repleto de gente, hay tanta que no veo más que espaldas haciendo cola, todos con su bandeja, vestidos de lentejuelas, esperando su turno para cenar caviar. Debemos saber la respuesta, porque en caso contrario nos dejan la bandeja vacía. Yo me la sé, me la sé, me la sé. Esa es la música de la canción, pero no recuerdo la letra. El caballero que hay detrás de mí se la sabe, quizás él pueda ayudarme a averiguar la respuesta, o me quedo sin cena.

—Es que a mí no me gusta el caviar, señorita.

Pues vaya, al atractivo caballero no le gusta el caviar y no va a ayudarme. Es un joven muy agradable, tiene un aspecto diferente al resto. Porque, ah, claro, claro, todos están dormidos, están soñando, pero este joven no. Él vive aquí. Es el dueño del barco, y por eso no sueña, pertenece a este sitio. Voy a cogerle la mano, al fin y al cabo, estoy en su barco, él puede hacer lo que quiera y si quiere agarrarme la mano no voy a negárselo, porque ciertamente es un joven muy hermoso. Sonríe y es feliz; me tiende la mano y me lleva a visitar el barco. Hemos tenido suerte al

encontrarnos.

—¿Vas a enseñarme el barco, verdad?

—No, no. Vamos a buscar un libro.

¡Es cierto, por todos los santos, es cierto, vamos a buscar un libro! ¿Te puedes creer que se me había olvidado por completo?

—Yo no sé qué libro es.

Tenía que decírselo, no vaya a ser que crea que yo sé dónde está.

—Usted tranquila, señorita, yo lo conozco bien. Solo quiero que me acompañe porque me agrada estar con usted.

Me ha puesto colorada. Vamos de la mano por todo el barco, mirando a la gente. Alguna debe de tener cara de culpable, cara de saber dónde está el libro. Ingrid Bergman ya se ha ido, quizás ella nos hubiera dado una pista, pero esa otra señora...

—Persigamos a esa señora, tiene cara de culpable.

—A esa no la conozco, pero de todas formas no sabe dónde está. Lo de la cara de culpable es porque no lleva zapatos.

Es cierto, la pobre señora no lleva zapatos y está avergonzada, cree que todos se van a dar cuenta. Menos mal que está soñando; cuando despierte seguro que su problema le hace mucha gracia.

Mi joven guía camina saludando a todo el mundo y chocando los tacones, como si se alegrara de algo. Así no vamos a encontrar el libro nunca.

—Oiga, joven: si cree que me va a marear con sus saltos por el barco y aprovecharse de su atractivo para mantenerme agarrada la mano, debe saber que soy la que usted estaba esperando; y que así no vamos a encontrar el libro. Le pido que sea usted más serio.

¿Pero qué le he dicho, si no lo conozco? Ahora me da vergüenza haberme expresado así,

—Lo encontraremos, eso seguro. Lo que pasa es que este barco está lleno, pero es porque estamos en un barco asiático, y en Asia ahora es de noche.

Tiene lógica, lo de Asia; de ahí la cantidad de gente rara que nos estamos encontrando por las cubiertas. Como ese grupo: están volando sus cometas en forma de dragón, aprovechando el viento que sopla desde

proa. Son chinos, están muy concentrados controlando sus cometas, se lo toman muy en serio. Uno me mira de reojo, parece enojado, le estoy distrayendo. Lo mejor será que nos vayamos a otro sitio. ¿Dónde está el joven? ¿Me ha soltado la mano?

—Bajemos por aquí, hermosa Teresa. En las catacumbas del barco no hemos mirado nunca.

Unas catacumbas de piedra y agua, un sitio raro para un barco, pero vaya, interesante. Las cuevas parecen antiguas, la piedra está mojada y los túneles son largos y oscuros. Sin duda, el libro está cerca. Pero me da miedo perderme, esto es un auténtico laberinto. Un laberinto en línea recta, en el que puedes perderte igual aunque no tenga esquinas.

Si rozo los dedos contra la pared me orientaré mejor. Camina, camina, siempre adelante, sin mirar atrás, hasta la salida del túnel. Es un poco complicado, pero en el fondo es una suerte. Es una suerte estar aquí, porque sin duda el joven hermoso habrá encontrado su libro. Yo no le he ayudado nada, pobrecito, él quería pasear conmigo de la mano y al final nos hemos separado por culpa de este túnel. Pero todo se arreglará. No te preocupes, querido, todos sabemos que esto tiene solución. Ahí está la salida. Tiene una persiana que se está cerrando, eso es que ya hay que salir, antes de que me quede aquí dentro.

5

La separación del mundo

Terrazos, 1962 - 1975

Corría el año mil novecientos sesenta y dos, y para los recién casados todo era nuevo: la capital de provincia, las calles de edificaciones altas y sólidas, las aceras amplias, los árboles ordenados, podados y ornamentales; las calles comerciales animadas por luces de escaparate y farolas grises, cristal en lugar de brisa, metal y luz en vez de corteza y noche. También sorprendía la gente de ciudad, que no se saludaba. Eso les contrarió porque ellos estaban acostumbrados a hacerlo con todo el que se cruzaba por delante, buenas tardes o buenos días siempre a los conocidos, aunque era obligado murmurarlo a quienes no habían visto antes. Pero en la ciudad no; al parecer, hacerlo era delatarse como recién llegados del campo, y eso, allí, era como desvelar una vergüenza, reconocer un pasado que estaba preñado de culpas. El día de la mudanza Eva lo hizo, saludó a los viandantes, pero no tardó en darse cuenta de que no debía hacerlo, y de pronto se avergonzó de ser paleta, y pensó en la Eva de la Biblia al reconocerse desnuda ante el mundo.

—Aquí todos van a lo suyo, Genaro. Mejor —determinó—, aquí no hay que dar explicaciones de si vamos o venimos, y cada cual se ocupa de sus

cosas.

Genaro aguantaba el resuello y el dolor en los dedos y no respondió. Las maletas pesaban como dos muertos.

—Es aquí, portal ocho. Y esta es nuestra bajera.

Eva reparó en la cara enrojecida de su reciente esposo, y al verlo en ese nuevo escenario de la ciudad, las farolas encendidas, los escaparates llenos de ropa o zapatos, de electrodomésticos o de miles de objetos antes impensables, lo notó desubicado y le preocupó que el pasado en el campo, del que se habían alejado en un autobús ocho horas antes y ya parecía pertenecer a un sueño viejo, no se despegara del espíritu de su marido. Ya no eran Eva la de los pastores y Genaro el del Eleuterio. Eran Eva y Genaro Pérez, ella ama de casa, él dueño de un comercio de papelería y librería. Vestirían la ropa de aquellos escaparates, pertenecerían al mundo futuro, y nunca regresarían al olor de las ovejas y los orines. Eva tenía veinticinco años y Genaro veintitrés.

—Si quieres, deja la maleta de los libros abajo, así no tenemos que subir los cinco pisos con todo el peso —dijo ella—. Total, arriba solo van a ocupar sitio.

Genaro dejó las dos maletas en el suelo cuando se plantaron ante el portal de su nueva casa. Sacó un pañuelo del bolsillo de la chaqueta para frotárselo en la frente, aunque no estaba sudando porque hacía mucho frío. Eva vio que aquel era otro gesto propio del campo. Del sudor habitual por el trabajo físico. Se preguntó si alguna vez Genaro dejaría de hacerlo.

—La maleta la subo, porque en la bajera no hay cerradura —dijo él—.

Se volvió a guardar el pañuelo y cogió los dos bultos con fuerza. Ella se apresuró a abrirle el portal, tan nuevo que tampoco tenía cerradura, y Genaro entró y comenzó a subir moviendo un poco los brazos adelante y atrás para que las maletas cupieran en el hueco de las escaleras. El suelo era de mármol blanco y negro, estaba nuevo y brillante. Una ventana que daba al patio interior cegaba un poco la vista, dejando brillos sobre la piedra pulida. Al entrar ambos en aquel portal, Eva sintió que en realidad estaba saliendo de otro lugar, más rudo, más incómodo, y que en aquella casa estaba naciendo de nuevo.

La ciudad tuvo para Eva y Genaro, en los años posteriores a su llegada, un efecto transformador. Ninguno de los dos había calculado qué acertado era tener una librería cerca de un Instituto, y pronto su negocio comenzó a funcionar lo suficientemente bien como para que aquellos escaparates dejaran de ser meras ilusiones. Genaro, que era hombre delgado, de percha elegante, pelo abundante, nariz aguileña y gesto altanero, se convirtió en un hombre importante en el barrio, promotor de ideas, gestor

de iniciativas y tenaz innovador. Al ser propietario de una librería y organizar frecuentemente presentaciones de novelas de autores locales, o gracias a sus gestiones para surtir de material de oficina a domicilio a los comercios y empresas colindantes, pronto su figura se hizo naturalmente popular. Todos le tenían por hombre culto y profundo, de ideas claras, quizás sospechosamente liberales, aunque Genaro nunca se metió en política ni su comportamiento sugirió a quienes vigilaban la moral y costumbres de la época que pudiera convertirse en un problema. Pero detrás de su figura elegante, de su voz profunda y pausada y su carácter tranquilo y pleno de seguridad, quienes conocían a la pareja sabían que Genaro tan solo era un hombre bien manejado. Era Eva quien poseía la inteligencia, quien utilizaba su perspicacia natural para proponer a su marido nuevos negocios y procurarle, a través de sus conversaciones con otras mujeres, las relaciones adecuadas y los encuentros precisos. Sin que nadie lo percibiera, Eva estaba siempre tras los escritos al concejal, la asociación de comerciantes o la organización de charlas de escritores y eruditos en el Instituto. Eva lo prefería así, porque sabía que su marido era un hombre atractivo para todos, que poseía un don que ella prefería esconder. A cambio, Eva disfrutaba de placer de aprender, y la librería era su guarida y su arsenal, siendo la pequeña oficina de la trastienda su base de operaciones y sus armas las docenas de libros que iban almacenándose en las estanterías. Desde allí sugería estrategias, planificaba batallas comerciales o disponía los movimientos que debía realizar su marido, que no solía cuestionar sus ideas porque entre ambos existía una complicidad que enmudecía cualquier reticencia.

Eva no concebía hijos pero tampoco sentía la necesidad de preocuparse por eso. Genaro, sin embargo, sí hablaba a menudo de la ilusión que le haría concebir descendientes, e insistía a su esposa para buscar alternativas a su nula suerte con el embarazo. Ella respondía que quizás más adelante, que ya se tenían el uno al otro y a ella eso le bastaba.

Y como los días corrían agradablemente entre los libros y la calle, no había espacios vacíos entre ambos. Eva pasaba leyendo las horas libres que le dejaban las tardes tranquilas. Ya lo hacía cuando aún vivían en el pueblo; siempre tenía un libro entre las manos y no abandonó aquella costumbre. Y aunque ahora vivían en una ciudad, ésta era una pequeña y aún no existían tentaciones lo suficientemente poderosas como para separarla de la lectura. Eva leía todo lo que llegaba a sus manos. De manera natural, desde pequeña, sabía detectar la hermosura de un buen texto. Para ella las horas de vida eran las que pasaba ante un libro, sentada en la silla de la trastienda, perdida en otras realidades. No imaginaba que algunas mujeres del barrio la envidiaban por su belleza, que parecía extranjera, y su amable inteligencia. Parecía que les molestaba no poder detestarla o decir de ella nada ominoso, pues Eva no hablaba nunca más de lo necesario, ni emitía juicios sobre las demás. Solía tener la cabeza en asuntos más profundos que el ir y venir de sus vecinas, planificando los negocios de su marido o enfrascada en la lectura.

Era además una mujer de hermosura elegante, con la tez redondeada y mirada de ojos grandes. Alguien dijo en una ocasión que se parecía a Ingrid Bergman y así era como solían llamarla las demás mujeres del barrio, unas veces con ironía obtusa y otras por simple admiración secreta.

—He visto a la *Ingridberman* en la carnicería, al lado de su tienda —decían unas, por ejemplo—. Le he contado lo que pasó con el marido de la Charo, y no parece haberle afectado mucho. Me ha recomendado un libro, dice que leyéndolo podría saber más sobre su problema, ¿puedes creértelo?

—Es una mujer muy culta —respondían otras, por ejemplo—. Claro, con ese marido, que es un hombre de letras, a ella se le ha pegado la inteligencia. Y como no tienen hijos, les da tiempo para aprender.

A Genaro le gustaba la lectura tanto como a su esposa, pero él era más de novelas de ficción sencilla o de clásicos españoles y franceses, aunque también leía a menudo tratados de psicología, diciendo a menudo que, si hubiera estudiado, lo hubiera hecho sobre esa rama de las humanidades. Eva, a su vez, se aficionó pronto al conocimiento puro, al saber de todo, siendo los tratados de ciencias e investigaciones en diversas materias los que leía con más interés. Las conversaciones vecinales o los negocios de Genaro se le antojaban pasatiempos, maneras de obtener sustento entre uno y otro aprendizaje.

Así pues, la ciudad que Eva considerase el final de una existencia de pueblo, pacata y fría, no fue más que un paso necesario entre la vida básica y tangible del campo y la que le brindó la decisión, tomada junto a Genaro cuando acordaron casarse y vivir en la ciudad, de regentar una librería. Con esta, también se abrieron las puertas del conocimiento, y Eva se descubrió, sin darle demasiada importancia, dotada de una inteligencia que sobrepasaba la de los más respetados prebostes de la ciudad.

Al cabo de trece años, en mil novecientos setenta y cinco, Eva y Genaro Pérez habían ganado dinero y respeto. Las vivencias de su infancia y juventud en el pueblo quedaban cada vez más lejos, regresando solo en los días estivales que iban a visitar a la familia, aunque en estancias cada vez más cortas y menos frecuentes.

—Hoy me han hablado de las viviendas que están construyendo en las afueras.

Estaban ya en la cama, y fue Genaro el que lo dijo. Desde que pasaron juntos la primera noche, habían adquirido la costumbre de recostarse ella sobre él. Genaro se tumbaba boca arriba, y Eva apoyaba la cabeza en el espacio que queda entre el el pecho y la clavícula, rodeando con su pierna

el cuerpo delgado del hombre.

—Yo no quiero irme de aquí, esta es nuestra casa —dijo Eva con voz perezosa—.

—Yo te lo digo porque el sitio es muy agradable, es una urbanización rodeada de parques.

Eva captó enseguida la asociación de ideas: en los parques hay niños, y quizás en un entorno como aquel ella se animara a probar determinados métodos de fertilización artificial de los que comenzaban a hablarse en Estados Unidos, y que Genaro traía a sus conversaciones con frecuencia. Eva no quería ni imaginárselo.

—Esta mañana he estado sacando las maletas viejas del altillo —dijo la mujer como respuesta—.

—¿Y cómo es que te ha dado por ahí? —preguntó él—

—Quería buscar hueco para algunos libros que no quiero que se estropeen, y se me ocurrió que ahí podrían caber. ¿Sabes que aún estaba la maleta donde trajimos los libros del abuelo Eleuterio, con los que empezamos la librería?

—Pues de eso hace ya mucho. Supongo que estaría llena de moho.

—Pues no, curiosamente estaba muy limpia. Y además se había quedado un libro dentro, ¿lo sabías?

—No tenía ni idea.

—Estaba escondido.

—¿Qué dices?

—Sí, se había colado dentro del forro y no había forma de verlo. Lo he encontrado por casualidad.

—Bueno, si no lo hemos echado de menos...

—Pues es bastante curioso, casi parece un libro hecho a mano. Se titula "Pasaje al Mundo de los Sueños".

—Parece el título de una novela romántica.

—Tú conocías todos los libros que guardaba tu abuelo Eleuterio en su

casa. ¿No recuerdas ese?

—Yo creo que sí, pero no me suena haberlo leído. Supongo que por eso, por que era una novela para jóvenes de principios de siglo, llena de pajaritos que trinan y paseos por el parque.

—¿Como los parques de la urbanización donde quieres que vayamos?

—Sí, Eva. Como esos, pero lleno de tatas con cofia.

Eva se quedó meditando unos instantes.

—Quizás fuera de mi madre. Quizás lo leía cuando estaba embarazada de mí.

Genaro abrazó un poco más fuerte al escuchar decir aquello a Eva, pero no quiso exagerar el gesto.

—Quién sabe. Pero no te obsesiones con ese libro. Seguro que no tiene mucho valor.

—Mañana le echo un vistazo.

—Vale, ya verás que no nos hemos perdido nada durante todo este tiempo.

—“Pasaje al Mundo de los Sueños” no suena a novela romántica —insistió Eva—. Suena a interpretación de los sueños. Quizás se trate de una traducción de algo de Freud, o de Jung.

—En ese caso, no era de tu madre. No creo que leyera ese tipo de libros.

—Eso no lo sabemos, murió tan joven...

6

El sueño de Andrés

Terrazos, 2016

Las diez y veintitrés. El plato ya está seco, lo voy a meter en el armario de la loza. El pasillo, perfecto. Todo impoluto, las puertas cerradas. La del aseo, uno, dos y tres intentos: cerrada. La del salón, uno, dos y tres, cerrada. Y la de la entrada, uno, dos, tres, cuatro y cinco. Pestillo echado y todo encajado. Puedo acostarme tranquilo. La pasta de dientes, el cepillo, dos minutos, a partir de ya. Y el grifo bien cerrado. Bien, bien, Andrés. Hoy vas a dormir como un angelito. Estás cansado, la jornada ha sido intensa. Muchas mariposas para clasificar, el envío de Zimbabwe ha

sido interesante. Muchas, y mañana más. Hermosas, inconscientes. Bellas sin saberlo. Las mariposas. Todo en orden, la habitación limpia y la ropa para mañana esperando su turno sobre el diván. Las gafas, en su tapete. Las luces apagadas. La persiana, cerrada, pero con un resquicio de un centímetro debajo. Buenas noches, buen mundo; buenas noches, guardianes de capas blancas que rondáis por mi casa. No me interrumpáis hasta mañana...

Este salacot me baila un poco, pero parece que aguantará el traqueteo del elefante. Para tratarse de un elefante verde, parece más grande de lo normal. Aunque claro, no hay traqueteo porque volamos, volamos, es una expedición interesante.

Debo descender hasta la sabana, allí me están esperando. ¿Quién será esa dama? Aún está a miles de kilómetros, pero es una mujer hermosa y anciana, aunque su piel sea blanca y esté tan pálida como una perla. Sí, es una estatua, es un icono, es la imagen de alguien que realmente no debería estar aquí. Quiere mi ayuda. Normal, yo soy quien puede ayudarla, yo sé quién soy, y ella no. Vamos, elefante, vamos. Quizás estemos a tiempo.

—¿Es usted el joven que estaba aquí antes, el asistente del emperador inglés?

—Sí, señora, y usted se parece a una actriz conocida; aunque no lo es, usted se llama, se llama...

—Debemos darnos prisa, joven. No siga tirando de las riendas del elefante verde, va a estrangularlo.

Tiene razón la señora. Sin darme cuenta, estoy tirando del elefante, que al estar lleno de helio quiere seguir volando. Pero no puedo soltarlo, me quedaría sin transporte. Que se fastidie, no puedo permitirme perder el elefante. Quizás deba transportar en él a esta mujer, quiere ir muy lejos.

—¿Y qué se le ofrece, señora?

—Usted sabe salir de aquí, ¿verdad, joven? Me han dado buenas referencias.

—Todo es ponerse. Como en cualquier cosa. Yo selecciono mariposas en una galería de arte entomológico y antes no sabía hacerlo. Es cuestión de ponerse.

Que sepa que no soy un cualquiera. Que confíe en mí. Si se va sin mi ayuda, está perdida.

—Yo debo regresar, pero usted me dirá dónde, porque ya una no está para estos trotes, fíjese que ya tengo una edad, aunque no lo parezca. ¿Dónde voy, dónde, a mi edad?

Una edad avanzada, sí. Aunque sea joven y hermosa, es una mujer antigua, de la Edad de Piedra. Una diosa de los tiempos oscuros; una hiena mágica, un ángel travestido, una santa que no pudo ejercer su profesión de iluminadora. Pero no es mala persona, al contrario. Si no, ya me habría quitado las riendas del elefante, como una ladrona; y sin embargo aquí estamos ya, volando juntos, ella detrás, observando el paisaje desde las alturas, asíéndose el sombrero; y yo a las riendas, ¡arre, arre!, guiándola hacia la salvación. No sé dónde ir, pero no me preocupa, algo va a pasar que lo solucionará. Es curioso, el elefante flota serenamente, pero la mujer se mueve arriba y abajo, necesita agarrarse al lomo del animal como si estuviera a punto de caerse.

—Eso es porque estamos cruzando un río. ¡Mire, joven guía, allí están los demás!

Por lo menos hemos encontrado al resto de la expedición, porque estábamos algo perdidos. Hay un montón de elefantes voladores. Están llenos de gente, qué barbaridad, sus lomos albergan cientos de personas. Pero nadie sabe que viaja en elefante. Ellos creen que van en barcos, están confundidos. Algunos son emigrantes que viajan a Venezuela; otros hacen un viaje de placer.

—Debemos buscar a la joven dama que conoce los caminos de la selva.

Pues a buscar a una dama. A mí me gusta buscar. Antes lo hacía, ¿por qué ya no busco, con lo que me gustaba? Ahora solo me dedico a ordenar cosas, y eso me lleva tanto tiempo que hace que ya no pueda buscar ni a la dama, ni a la santa anciana de piel perlada, que se acaba de marchar a lomos de otro elefante. ¡Pero si está repleto! ¿Se ha vuelto loca? Pero no, claro, busca a la joven, y yo debo ayudarla, mas sigo en mi montura sin poder salir de ella, porque volamos...

La dama que buscamos está por aquí, en los laberintos elefantinos. Pero esto está lleno de personas vestidas con elegancia, no puedo caminar, me tropiezo con todo el mundo. Yo detesto las multitudes. No quiero esto, quiero salir, moverme, pero hay tanta gente que no puedo más que empujar y ser empujado, espaldas y caras, zapatos brillantes y collares de perlas. En este elefante hay una fiesta, válgame Dios, esto se va a ensuciar de copas, de perlas y zafiros derramados, porque las mujeres se tiran de los collares y arrojan sus anillos, se arrancan los vestidos como si todo les diera calor.

Pero estoy buscando, y si busco a una joven, debe ser que está por aquí. Cerca hay otro elefante, que tiene forma de portaaviones, es precioso,

precioso. En él va la vieja diosa, vestida de almirante, qué hermosa es, no me extraña que su marido la buscara tan desesperado. Hermosa por dentro y por fuera. Cómo saluda al estilo militar, con qué gracia. Se parece a una actriz, pero, ah, claro, no está saludando, me está diciendo algo, ¿qué, qué quiere? ¿Cómo? ¿Que vaya hacia allí? ¿Que allí está la joven que buscamos? Pero si es imposible encontrar a nadie entre esta multitud, todos los rostros están borrosos, porque nadie está aquí realmente; todos duermen, y este es su sueño. Solo la vieja diosa vestida de almirante y yo lo sabemos. Los demás vienen y van, transitan, deambulan, viven vidas de teatrillo sutil y traslúcido. Ella no. Pero está perdida, perdida por un error que nadie había previsto.

Ah, esta debe ser la joven. Es hermosa y pura. Tiene el cuello de cisne y los ojos de alondra; los pechos pequeños y firmes, bajo la blusa sedosa. La piel de hielo y cera, los brazos de sirena perdida. Camina como si estuviera sola en medio de la multitud. Es bella, bella hasta la ceguera, bella como un ángel perdido en una ciudad. Sabe que la estoy buscando, está esperando que llegue. Aquí estoy, hermosa joven, toma mi mano, sí gueme, salgamos de este sueño.

¿Y la dama, la diosa, la antigua almirante? Se ha ido, nos ha dejado solos para vivir nuestro amor no nacido. Pero me ha dicho algo antes de irse. Me ha dicho que no soy el que estaba buscando. Que soy otro pero el mismo, que quien soy no es quien ella esperaba. Me ha dicho que hay un libro, que lo posee esta joven, que allí encontraré respuestas. Háblame, joven amor mío, dime lo que ya sabes.

—¿Vas a enseñarme el barco, verdad?

—No, no. Vamos a buscar un libro.

Ya se ha dado cuenta. No sabe que debe guiarme hacia el libro, pero ya se ha dado cuenta.

—Yo no sé qué libro es.

Pues lo buscaremos, no puede estar lejos. Es importante para todos, para que se salve el mundo, para que la vieja envejezca y la joven crezca. Para que los sueños vuelvan a su cauce y muera el amor desubicado de la diosa.

Estamos bajando por las tripas del elefante. Son sus intestinos, limpios y secos, túneles de tierra; de África, seguramente, porque allí nacieron los sueños de los hombres. El libro está por aquí. Nos separaremos. Tú buscarás por ese pasillo, joven amor mío; yo por este otro. Tú te irás porque te llaman tus obligaciones. Yo seguiré buscando. En este pasillo hay una estantería, está oculta, llena de libros secretos. Pero nada es secreto para mí, excepto el libro que estoy buscando. Por tanto, el que no pueda leer,

ese que solo los que sueñan despiertos entienden, será el adecuado.

Qué hermosos son los libros, brillan sus vidas como estrellas, cada uno se abre como una ventana nueva, pero son mudos, están ciegos, no oyen ni hablan, son libros encadenados al mundo de los despiertos. Están dormidos, los libros verdaderos, y en estos solo se percibe una magia muy lejana, ¿tú los entiendes, mi joven amada?. Peor no me oye, ya se ha ido a vivir otro sueño, ya no podré encontrarla. ¿Quizás por aquí, al fondo de este pasillo largo? Hay más libros, y quizás ella esté buscando...

Aquí está, aquí está, lo tengo. ¡Lo tengo, lo tengo, vieja señora! ¿Has aparecido de repente? No, yo ya he salido de los túneles del elefante. Estamos en tu casa, eres una bruja que vive aislada. Normal, porque por fuera eres fea, la vida en la ciudad te ha dejado su huella. Pero por dentro eres hermosa, eres una nube, un pensamiento. Eres la mujer que transporté en elefante, la que quería encontrar la salida, la diosa que se vistió de almirante. Tengo el libro, pero no puedo leerlo. Las letras son caracteres imposibles de entender, me esfuerzo por leerlo, pero solo veo borrones, dibujos extraños, y me angustia no poder decirte la respuesta.

—No pasa nada, explorador. Ya lo entenderás. Guarda el libro. Ya volveremos a encontrarnos.

Pero la joven tan hermosa querrá saber donde está su libro, no quisiera pasar por un ladrón. Le dejaré unas monedas y una nota de agradecimiento. Al fin y al cabo, el libro era suyo.

Sí, vieja sirena, ya volveremos a encontrarnos. Ahora todo está bien, todo va regresando a su lugar.

7

La transición de Eva

Terrazos, 1975

Tuvo que esperar bastante tiempo, porque la mañana siguiente a la del descubrimiento del libro Eva acompañó al hospital a Genaro, aquejado de un virus de estómago. Después se complicaron los asuntos de la tienda, con papeleos y clientes, y finalmente el libro desapareció de encima de la mesa, donde habitualmente se necesitaba espacio para trabajar.

Pasadas varias semanas, lo encontró en una estantería apartada, oculto detrás de otros libros, donde parecía haberse escurrido como ya hiciera en la maleta del abuelo Eleuterio.

—Anda, ya me había olvidado de ti —dijo, a solas en la trastienda—. Sí

que eres un libro esquivo.

Eva lo observó con atención. El lomo del libro, de cuero viejo, contrastaba con el blanco de sus hojas. Se notaba al verlo que muy poca gente, quizás nadie, lo había leído. Eva no lo movió del sitio, para dejar espacio en la mesa de trabajo. Antes de subir a comer, quería terminar algunos papeleos de oficina.

—Yo voy a casa a comer algo, Eva —dijo Genaro asomándose desde el mostrador—. ¿Subes?

Era sábado, y ese día de la semana la librería cerraba a las dos, aunque a Eva le gustaba quedarse sola, en el comercio cerrado, con la excusa de terminar trabajos retrasados. En realidad, era la manera que tenía de estar tranquila, leyendo sus libros, rodeada del silencio del local acolchado por el papel de los volúmenes que cubrían las paredes.

—Voy después, no tengo hambre.

—Deberías descansar, llevas varios días durmiendo mal.

Genaro parecía haberse olvidado del hallazgo y Eva prefirió no decir por qué se quedaba. Su madre siempre había sido un fantasma, un recuerdo incómodo, alguien cuya memoria molestaba incluso después de tantos años. Eva sabía que había muerto cuando ella tenía dos años, sin conocer las causas, y nada más. Las pocas veces que, siendo niña, había preguntado por ella, su padre respondía con evasivas y enseguida cambiaba de tema. Eso, en una mujer de naturaleza afanosa e inteligencia viva como Eva, no podía más que alimentar su curiosidad por la persona que la trajo al mundo, y siempre había buscado pistas, recodos de memoria, sombras en las palabras de sus familiares que le dijeran algo más y le ayudaran a conocerla un poco. La aparición de aquel libro que despertó su curiosidad no era más que movimiento de un resorte que ya había saltado otras veces.

—Come y duerme una siesta, si quieres; yo subiré luego.

Lo dijo distraída, pensando que el que llevaba durmiendo inquieto varios días era él, y ella también, pero por efecto colateral. “Así descansa”, pensó, y al poco escuchó cómo la puerta del local se cerraba por fuera. Ella tenía otra llave para salir. Cogió el libro de la estantería, se sentó en la mesa de la trastienda, apartó los blocs y hojas de cuentas y se quedó mirando la hermosa cubierta de cuero.

“La encuadernación es magnífica, desde luego. Es una piel buena, de cordero o de camello, oscura, gorda y suave, muy bien curtida. Y las hojas, tan finas y correctamente alineadas como un cristal bien cortado, o un diamante. Qué curioso, son muy blancas, tanto que parecen tener su

propia luz, como si estuvieran hechas del material de las manecillas de los relojes. Es como si el libro hubiera sido hecho de manera artesanal, como antiguamente, pero con una perfección que no puede proceder de unas manos toscas. No se tuerce ni una puntada en el cosido en los bordes de la tapa; el cajo se adapta con perfección al bloque de hojas, de un papel tan fino que casi parece de piel de cebolla. Solo por la hechura, este libro ya es una joya. ¿De dónde habrá salido? El resto de los libros que trajimos del pueblo no tenían este aspecto, eran libros curiosos, de ciencia, medicina, filosofía o naturaleza, algunos difíciles de encontrar, pero sin duda este, aun sin saber cuál es su contenido, se lleva el premio.”

“Da igual que sea una novela romántica o un tratado de entomología. Lo voy a leer despacio, desde el principio, con la mente abierta pero alerta, atenta pero escéptica. Voy a sumergirme en su mundo, para saber. Porque si en algo nos diferenciamos de todo lo que nos rodea, si hay una diferencia entre nuestra mórbida existencia y la de aquello que está fuera de nuestra piel, es el conocimiento.”

“Veamos qué hay en la primera hoja: está en blanco, qué suave es, y ciertamente brilla como un nácar fino. Nada hay escrito en ella, y al verla tan limpia, con un destello ambarino, pareciera avergonzarse de estar desnuda. Mas no, no lo está, porque al voltear la hoja algo aparece. Sí, cuando la muevo de un lado a otro, unos dibujos parecen brillar levemente al incidir la luz de la lámpara en la superficie ¿Cómo es posible, en una hoja tan fina? ¿Y qué son esos dibujos que parecen moverse, que parecen dar volumen a la fina piel?”

“Pero en la siguiente página sí hay algo escrito. Al principio no lo vi, pero aquí está ahora, al pie de la página:”

Estimado soñador: es muy probable que este libro haya llegado hasta usted de manera inexplicable.”

“Bien, eso es cierto, el libro ha llegado hasta mí de manera extraña. Sigamos.”

No se alarme por eso. El mundo de los sueños tiene sus propias leyes, y entre ellas, sin duda, no están las de la lógica.

“Ah, trata sobre los sueños, lo sabía.”

Ahora, duerma. Observe estas páginas y deje que el sueño se adueñe de su mente. No intente leer, no busque las palabras en los símbolos que están reproducidos en las hojas blancas. Observe y espere. Quizás no pase nada, quizás tarde en ocurrir. Puede que nunca sepa qué es este libro. No encontrará explicaciones quien no quiera entender, pero quien esté

dispuesto, no precisará de ellas.

“Vaya acertijo. Luego hay algo en latín...”

Cum oculis clausis

Valeant mendacia saeculi

Cum in animo excitetur

amplectimini veritatem.

“Pues pasemos la hoja. ¡Qué delicadeza, qué papel tan suave y delgado! Ya no se fabrican así. Da la sensación de que el resto del libro está en blanco. Quizás deba seguir las instrucciones, quedarme mirando estos brillos tan enigmáticos que desprenden las páginas, parecen retazos de estrellas, espuma de olas de algún mar silencioso...”

¿Oigo una voz, un susurro, o es la página que aún tengo entre los dedos, y que al deslizarse parece susurrar, como un viento que trae ecos de otros mundos? Y es una voz conocida, es la voz de aquel con quien he soñado otras veces. Es la voz del guía, ¿estará por aquí, quizás haya entrado en la librería?

—Buenas tardes, señora. Al fin nos encontramos. La he visto tantas veces, he caminado con usted por tantos senderos extraños que parece que ya hayamos departido en alguna ocasión. Pero no es así. Somos dos desconocidos.

¿Qué hace este joven en la trastienda? ¿Es esto la trastienda? Ha cambiado, ya no hay estanterías de madera, y yo no estoy sentada en la silla. Sostengo el libro en mis manos, y camino con este joven tan curioso. Es delgado, sonrío amablemente, parece estar admirado de todo lo que observa, pero yo sé que conoce bien este lugar; es un guía, vive aquí, es el guardián de esta tierra. Es Genaro, pero también es otro hombre, aunque ambos son el mismo.

—¿Usted me conoce, joven?

—Por aquí viene tanta gente que sería difícil asegurarlo. Pero sí, yo he visto su rostro antes, seguro.

—¿Pero no dice que ha caminado conmigo?

—Ah, sí, sí, claro que sí.

Está distraído. Yo le hablo pero él piensa en otra cosa. Parece que no estemos viendo el mismo paisaje, como si estuviéramos juntos pero cada

uno en su mundo. Pero eso no puede ser, yo no conozco este lugar. Debo permanecer con él para hacer el viaje. Y es un guía, no podría perderme.

—¿Es hermoso?

—Es hermoso, bella dama. Muy hermoso. Pero complicado para orientarse. Siempre cambiante, las aceras se ondulan, los caminos se confunden. Y hay una gran variedad de especies animales, algunas realmente bellas. Yo adoro las mariposas. ¿No le parecen ángeles? Fíjese, fíjese en ese ejemplar. Soberbio.

Señala a una pared. Él está caminando por un bosque, pero yo sigo en la tienda, estoy caminando entre las estanterías, aunque no las vea. Quizás deba decírselo, para que no piense que no me interesan las mariposas. Aunque en realidad me dan un poco de grima. Pero las que él ve serán hermosas, solo alas de luz que se mueven con gracia por un aire blanquecino. Ahí veo una, atravesando la pared.

—¿Las captura usted?

—Solo las cuento. Aunque quizás debería encerrarlas para no tener que empezar desde el principio.

Qué gracioso, las cuenta pero pierde la cuenta, claro está, porque las mariposas son unas desordenadas.

—Digo que las mariposas son desordenadas, caballero. Vuelan sin rumbo fijo.

—No crea, no crea. Yo llevo mucho tiempo observándolas. Estoy convencido de que hay un mensaje oculto. Pero claro, usted ya lo sabe, tiene el libro en sus manos. Espere, ¿No tenía usted un libro? ¿O era un calendario? Aquí el tiempo se detiene en cada estación, aunque no haya nadie esperando, ya ve usted.

¡Ay, que he perdido el libro! Ahora no voy a saber cuál era el misterio que esconde. Pero quizás este hombre lo sepa, tiene aspecto de saberlo.

—¿Y sabe usted de quién era ese libro, si del abuelo Eleuterio o de otra persona?

—Magnífico ejemplar, ¿la ve ahora? Es de color nácar, con brillos de diamante, las alas cuadradas y tan finas como la piel de un recién nacido.

Viéndolo ahí, moviendo las manos ante su cara, imitando el vuelo de las mariposas, con esa sonrisa tan grande en su rostro delgado, podría pensarse que es un loco. Pero él es de aquí. Él podría ayudarme. Porque no sé dónde debo dirigirme. Ni siquiera veo las mariposas de las que me

habla. Debería sincerarme con él, pero temo que se vaya, perdido en su mundo. Mejor será decirle lo que quiere oír, para que no desaparezca.

—Ay, sí, las mariposas son bellísimas, realmente adorables.

Me ha mirado de reojo. Eso es porque sabe que no las estoy viendo. Qué tonta, me ha pillado en una mentira. Ahora se irá.

—Bueno, pues parece que llega la noche, hermosa dama. Tenemos trabajo, mucho trabajo. ¡Adelante, adelante, tenga cuidado con los pies, no sea que le pisen!

¿De dónde ha salido toda esta gente? Vaya multitud. Todos caminan hacia aquí, pero no saben a donde se dirigen. Como las mariposas, caminan sin rumbo fijo, aunque en su deambular hay un mensaje. Es tan complicado... quizás alguien pueda ayudarme a encontrar aquello que perdí. ¿Qué era? Era algo que escondía Genaro, pero no recuerdo bien de qué se trataba. Aquí nadie parece enterarse de nada, todos van a lo suyo. Mejor, que cada uno se ocupe de sus asuntos. Esa mujer entrada en carnes quiere decirme algo, viene hacia mí con paso decidido.

—¿Usted lo entiende, verdad? Hay mesas que cojean, hay que ponerles un taco en la base para que se sostengan, o de lo contrario se derrama el agua. Es fácil de entender, creo yo, no tiene tanta complicación ponerle un trozo de papel a la pata de la mesa.

Pues sí que está enfadada, pobrecita, y es porque cree que su marido no quiere arreglar la mesa. Pero nada puedo hacer para ayudarla, porque razón no le falta, y si su marido no quiere molestarse en colocar un taco en la pata, ella se enoja. Esto es divertido. Es un buen lugar. ¿Y qué le pasa a ese niño? Está jugando, pero tiene agujeros en los calcetines y debo coserlos antes de que los vea su madre... ¡espera, pequeño, espérame!

Ya no sé dónde estoy. El joven guía se ha ido y yo soy nueva en este mundo, donde nada es como antes, donde no hay lógica ni normas, ni física ni matemática. ¿Dónde iré, cómo podría saberlo?<%/em>